

Traducción de Antonio Paneque.

**LA PAZ
DENEGADA:**
*vivir en Jerusalén
hoy.*



Hace unos años fue inaugurado en Jerusalén un parque dedicado a la paz, un espacio que pretendía convertirse en sede de encuentro y diálogo entre las tres religiones que conviven en esta tierra. Situado en la vía de los Patriarcas, el camino que conduce a Belén, ocupa una vasta área de colinas, y en su interior se puede disfrutar de hermosos paseos entre olivos, almendros y plantas aromáticas, todo dentro de un ambiente distendido. La vista panorámica que se contempla desde alguno de sus miradores es verdaderamente hermosa. Se adivinan a lo lejos los antiguos valles sobre los cuales fue construida Jerusalén, el valle de la Gehenna, el del Tyropeon y el del torrente Cedron, mientras que en el centro emerge, como si se tratase de un trofeo, la cúpula dorada de la Roca sobre la antigua explanada del templo herodiano, uno de los lugares más sagrados para los musulmanes. Lástima que la contemplación de tan sublime escenario quede en seguida disturbada por la imagen de la ciudad moderna, que crece como una mancha gigantesca con sus altos edificios, y por los numerosos asentamientos de colonos que nacen como hongos en los alrededores de la ciudad. Todo ello carente del mínimo criterio urbanístico que habría debido respetar un entorno tan singular para todo el mundo.

No obstante, la sorpresa mayor se experimenta cuando se descubre como va avanzando la muralla de cemento, de unos diez metros de altura, que ya se acerca a las inmediaciones del Monte de los Olivos. La muralla se desliza como un cáncer que acarrea desolación dondequiera que pasa. De hecho, las casas, las tiendas, las tierras de los palestinos que han tenido la desgracia de encontrarse en la línea trazada caprichosamente dentro de los territorios que Israel considera de propia jurisdicción, quedan abandonadas, mal vendidas o expropiadas. No hay ya vida a la sombra de esta lúgubre barrera de cemento que suscita solo discordia e incomunicabilidad entre las personas, además de la herida que supone negar a una población, que durante generaciones ha vivido en esa tierra, la libertad de movimientos, el derecho natural a desplazarse para hacer uso de todo aquello que una sociedad civil puede garantizar para el bienestar de las personas. La extraordinaria luz de Jerusalén, esa luz que a la puesta del sol se refleja dorada sobre las vetustas murallas otomanas queda ofuscada por las tétricas sombras de la muralla que amenaza cualquier posibilidad de convivencia pacífica. Envuelto en la serena calma del parque uno se pregunta cuándo habrá paz para Jerusalén, mientras se siente más actual que nunca el llanto de Jesús que *“al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos”* (Lc 19,41-42).

Deambulando por las calles de la ciudad vieja se aglutinan personas de todas las edades que, debiendo adaptarse a condiciones de vida cada vez más precarias, portan consigo sus inquietudes y sus actividades, sin querer resignarse a una situación que no

deja de complicarse. Los más ancianos manifiestan su escepticismo, sin esperar otros progresos ni mejoras más que los dones que inesperadamente pueda conceder su Dios (*inshallah*). Se ha agotado su fe en un diálogo entre hebreos y palestinos, diálogo en verdad imposible cuando se escucha solo la voz del más fuerte, mientras que el otro, el débil, debe solamente someterse a cuanto ha sido ya determinado. Quizás entre las generaciones de los más jóvenes, ciertamente más instruidos y con mayores posibilidades de confrontación intelectual, se aprecia algún tímido atisbo de esperanza, pero tampoco ellos creen en la política de un gobierno que se considera democrático pero les niega los derechos más elementales, los derechos al desplazamiento y a la expresión, en la práctica cotidiana de un humillante y desesperante *apartheid*. Los jóvenes hebreos que se adentran por las callejuelas de la ciudad vieja para acercarse a rezar ante el así llamado muro de las lamentaciones, se mueven armados de fusiles o metrallas y llevan adosados sofisticados sistemas de radio para estar siempre localizables, como si estuviesen en territorio enemigo en un estado de guerrilla. Pero por las calles del barrio árabe se escucha solo la voz de los comerciantes a la espera que anuncian sus mercancías o bien la voz del *muezin* de la mezquita más cercana, el alboroto de los críos que juegan, todo ello sin rastros de gritos de amenaza o de agresión. En Israel, los jóvenes son educados con una ideología cargada de prejuicios: cualquiera que no piense como ellos es considerado un enemigo y, como tal, respecto a él se toman las distancias; cualquier crítica u objeción es inaceptable por ser señal de antisemitismo. La muralla de cemento, que crea división, es la expresión visible de esta ideología: una barrera de recelo, victimismo y prepotencia imposible de superar.

Para poder soñar, a pesar de todo, con un futuro distinto, se piensa en los más pequeños. Estos tal vez tendrán ideas nuevas, quizás puedan encontrar alternativas justas en la solidaridad de cuantos construyen una paz que es fruto de la justicia. Ubicada en el monte de los Olivos se halla una pequeña comunidad de religiosas que acoge niños huérfanos o que atraviesan graves dificultades familiares. Son musulmanes, cristianos y también algún que otro hebreo, los cuales aprenden a crecer aceptando la diversidad del otro, respetándose en su libertad de expresión y de religión. Las religiosas deben afrontar no pocas dificultades para desarrollar su servicio hacia estos pequeños, pero están persuadidas de que trabajando con ellos se pueden llegar a abatir las murallas de incomprensión y a abrir vías de diálogo y de concordia. En Navidad, la religiosa responsable de la casa llevó a un grupo de estos niños a Belén, para visitar la gruta de la Natividad. Los problemas surgieron en seguida en el *check-point*, en el camino que desde Jerusalén conduce a la ciudad de David: los niños no podían pasar, carecían de los permisos necesarios, a pesar de no tener más de siete años de edad. La religiosa no cedió ante tales impedimentos, e hizo llamar a unos de los oficiales, apelando a su derecho de poder visitar, al menos el día de Navidad, la basílica de la Natividad. Aducía con firmeza que no tenía intención de dejar a los niños en el puesto de control. Después de largas protestas, obtuvo por fin el permiso con carácter excepcional. Uno de los soldados, entonces, para aliviar la tensión creada, ofreció caramelos a los niños. La reacción de la religiosa no se hizo esperar: “Quedaos con vuestros caramelos y restituid la tierra a estos niños”.